

saliendo herido el mismo Ataúlfo. Apodérase más tarde de Narbona, y deseando establecerse definitivamente, reanuda sus tratos con Honorio; mas engañado otra vez, ó no satisfecho, se casa con Placidia, lo que aumentó el furor de Constantio, que anhelaba enlazarse con la princesa romana. Perdida toda esperanza de reconciliación, decide Ataúlfo venir á España y se apodera de Barcelona; mas al año siguiente muere asesinado por Sigerico, que sufrió igual pena á los siete días. Walía pone en libertad á Placidia por 600,000 fanegas de trigo, recorre toda España hasta el Estrecho, con intento de pasar al Africa, que frustraron de nuevo las tempestades; destruye á los Silingos, derrota á los Alanos y devuelve con esto casi toda España á Roma. Entonces el Emperador, temiendo que se quedara en la Península, donde con facilidad se hubiera hecho por completo independiente, le cede la segunda Aquitania. Walía establece su Corte en Tolosa: abandonan los Visigodos su agitada vida de correrías y exterminio, y empieza el pueblo á transformarse en nación. Los que hasta entonces no habían hecho más que destruir, comienzan á edificar.

El poderoso rey Teodoredo sucede á Walía. Dotado de extraordinarias facultades guerreras y políticas, sabe sacar partido de las circunstancias. Sintiendo todavía impotente para proceder por cuenta propia, prefiere, antes que romper, au-

mentar el poder y la grandeza de su pequeño reino á la sombra de sus naturales enemigos, los Romanos. Envalentonados los Vándalos con la partida de Walía, separándose de los Suevos, y capitaneados por su rey Gunderico, apodéranse de la Bética, obligando al general romano Castino á encerrarse en Tarragona. Muere Honorio, y aprovechando el desorden que reina en el Imperio, se apodera Teodoredo de las principales ciudades de la Narbonense; acomete á Arlés, de donde es rechazado dos veces por Aecio, y de Narbona por Litorio, quien poco después es completamente derrotado por el visigodo. Este triunfo elevó á Teodoredo á la consideración de monarca más poderoso de Occidente. Los Vándalos, llamados por Bonifacio, marchan al Africa, y los Suevos se apoderan de casi toda España. Muere Teodoredo peleando con Atila en Châlons-sur-Marne, y le sucede su hijo Turismundo, quien es asesinado por sus hermanos Teodorico y Federico. Dueño aquél del trono, y asesinado Valentiniano III, hace nombrar emperador al antiguo prefecto de las Galias, Avito, quien encarga al visigodo la represión de los Suevos, que asolaban á España. Pasa Teodorico los Pirineos, derrota completamente á aquéllos en Páramo, acosándolos hasta las montañas de Galicia: dirígese después al Sur, y llega á Mérida, que fué salvada por santa Eulalia; manda una parte de su ejército á conquistar la Bética, y otra á Lusitania;

vuelve á la Galia; se apodera de Narbona, y muere asesinado por su otro hermano Eurico.

Es Eurico el primer rey visigodo de España. Hasta entonces los Visigodos habían recorrido la Península como mandatarios del Imperio. Eurico la conquista ya para su pueblo. Apodérase en la Galia de todo el país comprendido entre el Loira y el Atlántico, el Ródano y el Mediterráneo: obtiene del Emperador Auvernia, y escalando los Pirineos por Navarra, se apodera de Pamplona y Zaragoza; derrota á los Romanos de la Tarraconense que se atreven á oponerse á su victoriosa marcha, y acaba aquí con la dominación romana. No sólo fué Eurico gran conquistador, sino también amante de las letras; pero fanático arriano, es el primero de los visigodos que persigue á los católicos de la Galia, á pesar de tener como ministro al romano León, cuyos servicios utilizó el monarca para la colección ó recopilación que hizo de los usos y costumbres visigodos. Su Corte llegó á ser la más poderosa de Occidente: parecía que el Imperio de los Césares se había trasladado á las orillas del Garona; pero aquel florecimiento no era más que aparente, como fundado en la fuerza, y transitorio, porque la tormenta franca amenazaba ya las avanzadas visigodas. Sucedióle su hijo Alarico II, quien no heredó las cualidades de su padre, mientras Teodorico fundaba en Italia el poderoso reino ostrogodo, y Clodoveo arrojaba definitivamente

á los Romanos de las Galias, venciendo á Siagrio que se refugió en Tolosa. Exige el franco la extradición del último gobernador romano, y Alarico consiente: primer signo de debilidad. Convertidos los Francos al Catolicismo, fué esto un nuevo motivo de rivalidad. Naturalmente el pueblo católico galo, que por cruel experiencia sabía lo que podía esperar de los arrianos visigodos, vuelve sus ojos á Clodoveo, y espera de él su salvación. Gregorio de Tours dice: «Desde entonces todo el mundo deseaba ardentemente el gobierno de los Francos.» Conocía Alarico muy bien su difícil situación, por lo que, si bien antes había perseguido á los católicos, destituyendo y desterrando á muchos obispos, como Cesáreo de Arlés, Voluciano y Vero de Tours, mientras otros veíanse precisados á huir, cambió de conducta por completo, agasajando á los antes perseguidos, permitiendo la libre elección de los obispos, y hasta el Concilio de Agde; y sobre todo dió á la población romano-católica, para que se rigiera por él, el *Breviario de Aniano*, colección de leyes romanas. Como nada consiguiera por este medio, pues si hacía concesiones era obligado por la necesidad, y por consiguiente no podía ofrecer confianza alguna, convirtiéndose de nuevo en perseguidor, lo que obligó á Clodoveo á exclamar: *No puedo sufrir que estos herejes arrianos sean dueños de una parte de la Galia. Vamos con la ayuda de Dios á*

quitarles el país que ocupan. Alarico se preparó, pero fué completamente derrotado por los Francos en Vouglé, donde perdió la vida, dejando su territorio á merced del vencedor, que llegó sin resistencia hasta Burdeos. Eligen los Visigodos por su rey á Gesaleico, bastardo; mas una parte del pueblo se declara por el hijo legítimo de Alarico, Amalarico, quien es traído para su seguridad á España. Prosiguen los Francos la guerra: Clodoveo se apodera de Tolosa y Narbona, defendida por el cobarde Gesaleico, quien cede la Galia á sus enemigos para defender la Península contra los partidarios de su hermano, apoderándose de Barcelona. El rey de Italia, Teodorico, abuelo de Amalarico, envía un ejército aguerrido al mando del católico general Ibbas, quien derrota á los Francos, apoderándose de las plazas situadas entre el Ródano y los Pirineos; viene á la Península, vence á Gesaleico dos veces, y asegura en el trono á Amalarico, bajo la regencia de Teudis, si bien el verdadero rey fué Teodorico. Comprendiendo Amalarico que los Francos no cesarían en su empresa, toma por esposa á la princesa Clotilde, lo que aceleró su ruina, porque dejándose llevar el Rey de sus fanáticos sentimientos arrianos, quiso obligar á su esposa á cambiar de religión. La valerosa resistencia de la católica reina atrajo sobre sí tan crueles tratamientos de parte de su esposo, que le permitieron poder enviar á su hermano Childeberto

un pañuelo empapado en su propia sangre, con la relación de las torturas que sufría. Ardiendo en ira el rey franco, invade los dominios visigodos, y derrota á su cuñado en Narbona, quien muere en la misma ciudad, ó según otros en un motín en Barcelona, mientras su esposa, libertada por su hermano, exhalaba el último suspiro en el camino de París. Esta tragedia es precursora de la de Hermenegildo é Ingunda. Las posesiones de los Visigodos en la Galia quedan reducidas á la Septimania. Teudis traslada la Corte á Barcelona, y se muestra tolerante con los católicos. El pueblo visigodo iba preparándose para realizar su destino. Los Francos asaltan los Pirineos y llegan á Zaragoza: la túnica del santo mártir Vicente salva á la ciudad. Los piadosos descendientes de Clodoveo contentáronse con un trozo de la vestidura, y se retiraron á su país. Teudiselo, encargado de su persecución, pudo aniquilarlos al traspasar los Pirineos, pero, sobornado por los Francos, concedióles veinticuatro horas de tiempo, acuchillando á los que no pudieron aprovecharse de aquel plazo. Asesinado Teudis, fué elegido Teudiselo, indigno del trono, quien muere también asesinado. Agila, tirano también, provoca con su conducta un alzamiento en Córdoba, á cuyo frente pónese Atanagildo, quien solicita y alcanza el auxilio de los Bizantinos, dándoles en pago la costa desde Valencia hasta el Estrecho. Agila, vencido en Córdoba y Sevilla,

muere asesinado en Mérida. Atanagildo, una vez dueño del trono, vuelve sus armas contra los Griegos, quitándoles únicamente algunas ciudades, y casó á sus hijas Brunequilda y Galsuinda con los francos Sigiberto y Chilperico, reyes de Austrasia y Neustria. Dicen algunos que fué católico en secreto. A su muerte, en Toledo, después de un interregno de cinco meses, los nobles de la Septimania eligen á Liuva, quien, poco amigo del poder, lo comparte con su hermano Leovigildo.

IV

Leovigildo

DUEÑO único del trono á la muerte de Liuva, propónese Leovigildo realizar la unidad política de España bajo el imperio del Arrianismo. Todos sus actos, como rey, tienden á este objeto. Podrá ser que al principio no entrara en sus cálculos la abolición del Catolicismo, ó su aniquilamiento como potencia política. Concedemos también que ninguna aversión tuviera á la religión católica, como afirman muchos heterodoxos, probándolo con su casamiento con Teodosia, dama católica. Pero los que así discurren no aciertan á distinguir los propósitos del noble particular de los del monarca visigodo. Si su primera esposa fué católica, apenas sentado en el trono volvió á enlazarse con Gosvinda, fanática arriana. Si al principio no persiguió á los católicos, no fué tal vez por falta de voluntad, sino porque gravísimos acontecimientos, de índole distinta, embargaban su atención. No podía perseguir cuando nada tenía seguro. Pero, ó Leovigildo no conocía las verdaderas circunstancias que atravesaba España en aquella época, ó es necesario suponerlo animado de aquel propósito. Y no podía ignorar un hombre tan avisado como el rey visi-

godo que, para realizar la unidad política del Reino, era ante todo necesario que los súbditos profesaran una misma religión; ni menos podían desconocer los Visigodos el significado de las terribles lecciones recibidas en la Galia. Porque si la ambición de los Francos y su rivalidad con los Visigodos fueron causas poderosísimas que motivaron los inmensos desastres sufridos por los últimos, en la conciencia de todos estaba que, sin la protección de los católicos de la Galia, los Francos no hubieran podido realizar su conquista. Quizá Leovigildo propúsose únicamente asegurar la unidad política sin tocar la cuestión religiosa, pero si tal pensamiento tuvo debemos confesar que hace poco honor á su talento, por lo que en absoluto desechamos semejante idea. Los acontecimientos posteriores, su conducta con su hijo Hermenegildo y sus terribles persecuciones contra los católicos, prueban nuestra tesis: ó Leovigildo ignoraba lo que quería, ó su proyecto era, vencidos sus enemigos, realizar la unidad religiosa en provecho del Arrianismo.

Muy crítica era la situación de España al subir este gran rey al trono. Encerrado en un círculo de hierro católico, dominando sobre un pueblo católico en su inmensa mayoría, y con una nobleza fanática por sus privilegios, pues cada noble era poco menos que el Rey, y todos juntos muy superiores á él, la empresa que Leovigildo iba á acometer era gigantesca en sumo grado y pre-

ñada de peligros. Además, el interregno había producido la más espantosa anarquía. Sin embargo, no se desalentó, y apenas se hizo cargo de la gobernación de España, cuando todavía su hermano reinaba en la Galia, arremetió contra los Bizantinos de la Bética, alcanzando una completa victoria entre Málaga y Baeza, que detuvo para siempre los progresos de las armas griegas. Marcha sobre Jerez y la toma, merced á la traición de Framidáneo, haciendo gran mortaldad en sus descuidados moradores. Muchos pueblos, amedrentados, se rindieron; pero Córdoba, la poderosa reina del Guadalquivir, le hizo frente; mas á pesar de su heroica resistencia, de las continuas arremetidas que los sitiadores tenían que sufrir de los montañeses, y del auxilio de los Griegos, la Ciudad tuvo que rendirse, porque la traición abrió sus puertas; y Leovigildo, siguiendo su sistema de terror, castigó duramente á los católicos cordobeses. Con esto los Bizantinos quedaron reducidos á las plazas del litoral. Sometido el Sur, trasládase Leovigildo con la velocidad del rayo al Norte, porque los montañeses de Navarra y las Vascongadas se habían sublevado. Reduce á los de Sabaria, gracias á la celeridad de sus movimientos y á la cobardía de Miro, rey de los Suevos, quien, habiéndoles prometido auxilio, se estuvo quedo para no indisponerse con su temible vecino. Vuela al año siguiente á Cantabria, y asalta la ciudad de Ama-

ya, sometiendo toda la provincia. La misma suerte tuvieron los habitantes del Oropeda; pero apenas reprimidos, tiene que sofocar otro nuevo alzamiento de aquellos indómitos montañeses. Destruídas hasta las raíces de toda rebelión, levanta Leovigildo la ciudad de Recópolis, del nombre de su segundo hijo, Recaredo, amurallándola y embelleciéndola con magníficos edificios.

Pacificado el país, dedícase Leovigildo á otra obra no menos grande que la realizada. Era necesario dominar á la nobleza, amenaza constante para los reyes celosos de su autoridad, y principio disolvente, que impedía todo régimen fuerte y vigoroso. Los nobles imperaban en sus territorios como verdaderos reyes. A este resultado contribuían por una parte los legítimos privilegios de los próceres, por otra la debilidad originaria del poder real; y en la Península agregábase además la particular constitución de la superficie, sembrada de abruptas cordilleras, que se presta admirablemente á la división y al aislamiento. Por esta circunstancia, los excesos de los nobles rara vez llegaban á oídos del Rey, y aunque llegaran, no se atrevía á reprimirlos. Comprendió perfectamente Leovigildo que no podría llamarse rey con propiedad, mientras no redujese á justos límites el poder de la nobleza.

A esta empresa magna dedicó, pues, todo el valor y toda la energía de su alma, dando sabias leyes para impedir los abusos de los grandes: los

que se resistieron, como Aspidio, fueron sometidos: los pueblos respiraron un tanto; pero bien pronto viéronse agobiados de nuevo con la pesada carga de los tributos impuestos por Leovigildo para la constitución del tesoro público y del particular del Rey. Los Francos habían sacado de España grandes riquezas; pero Leovigildo logró su objeto, tomando para sí importantísima parte del botín, confiscando los bienes de los nobles rebeldes, y aumentando las contribuciones. Para realzar á los ojos del pueblo la importancia de la monarquía, y humillar á los grandes, se rodeó de todos los atributos de la realeza. Hasta entonces el Rey, siguiendo las costumbres de la selva, en nada se diferenciaba de los nobles. Esto humillaba en gran manera la dignidad real; por lo que Leovigildo determinó imitar en este punto á los Emperadores. Asentó definitivamente su Corte en Toledo, vistióse de púrpura, ocupó el trono y comenzó á dar audiencias públicas, rodeado de brillante cortejo, en los magníficos salones de su palacio. Para asegurar la sucesión á sus hijos y con el propósito evidente de hacer hereditaria la corona en su familia, obligó á los nobles á reconocer como co-regentes á Hermenegildo y Recaredo. Dividió el Reino en tres partes: á Hermenegildo le cedió la Bética con Sevilla por capital, y á Recaredo la Celtiberia con asiento en Recópolis: el Rey quedóse en Toledo.

Acabó con esto Leovigildo de coronar su gran-

diosa obra. Hasta aquí su fortuna marcha viento en popa. Vencidos los enemigos exteriores, sofocadas todas las alteraciones de sus pueblos, sometida la indómita nobleza al férreo yugo del poder real, parecía que ningún obstáculo podría oponerse en adelante á la completa realización de sus propósitos. Podía descansar tranquilo el *héroe león* en su palacio de Toledo, con la satisfacción de haber logrado lo que las demás naciones germanas no pudieron conseguir sino al cabo de muchos siglos y de aniquiladoras luchas: el engrandecimiento del poder real. Sin embargo, no tardó en reconocer que se había equivocado, pues si bien los católicos, amedrentados, habían adoptado una actitud expectante, no estaban en manera alguna aniquilados; el fuego ardía bajo las cenizas, y bastaba la más ligera chispa para provocar formidable incendio.

V

Religión primitiva de los Germanos

LA religión primitiva de los Germanos, y por consiguiente de los Visigodos, era espiritualista, como la de todos los pueblos de la raza aria. Reconocían un principio dualista: la luz y las tinieblas. De aquí la división de los seres sobrenaturales en dos clases: los genios de la luz, buenos, creadores y protectores de los hombres; y los genios malignos de las tinieblas, enemigos del género humano, representantes del mal. Llamaban *ases* á los primeros, por creerlos sostenedores del mundo y del orden moral y social; y *titanes* ó gigantes á los segundos, porque eran los destructores de la vida, enemigos de la naturaleza. Según su cosmogonía, que nos recuerda la de Moisés, al principio sólo existía el vacío, «la sima de las simas,» del cual brotó el mundo, frío y oscuro en el Norte, cálido y abundante en luz en el Mediodía. Del Sur partían unas corrientes de chispas que al chocar con la neblina del Norte produjo á *Imir*, padre de todos los gigantes, y á la vaca *Andhumbla*. Nacióronle al primer gigante del sobaco, durante un sueño, un hijo y una hija, padres de todos los gigantes de la escarcha. De los témpanos de

hielo, lamidos por la vaca, nació un hombre hermoso y robusto, *Buri*, quien tuvo á *Boer*, el cual casó con *Belsta*, hija de un gigante, y de este matrimonio proceden *Odin*, *Vili* y *Ve*, dioses supremos que gobiernan el cielo y la tierra, quienes mataron al gigante *Imir*, y de su cuerpo formaron el universo actual. *Odn*, *Vili* y *Ve* crearon al hombre de la madera de un álamo y de un fresno. Hay también otros grupos de divinidades inferiores, como los *Vanas* y los *Elfos*, de la luz y de las tinieblas. El dios supremo es *Odn*; y junto á él está *Tor* ó *Donar*, dios del trueno. La divinidad especial de la guerra, *Tir* ó *Eru*, era manco, porque como la espada sólo tiene una hoja le corresponde un solo brazo. La diosa del hogar doméstico es *Nerta*, compañera de *Odn*; y la de la hermosura y el amor, *Freya*. Tenían otros muchos dioses que representaban otras tantas necesidades de la vida, entre los cuales citaremos á las *Valkirias*, que estaban encargadas de conducir á los guerreros muertos en las batallas al *Valhalla*, al cual se entraba por quinientas puertas y lo habitaban 432,000 guerreros, que celebraban suntuosos banquetes en que se gustaba la leche de la cabra *Eidrun* y cerveza pura, y carne de un jabalí que cada noche vuelve á aparecer entero. Veneraban á sus dioses en los bosques sagrados, pero también les alzaban altares y templos de madera, en los cuales adoraban ídolos. Sacrificaban á *Odn* en de-

terminadas noches esclavos y prisioneros; pero principalmente sus sacrificios eran de animales, sobre todo caballos. Los sacerdotes constituían una especie de magistratura, eran ministros de justicia, custodios de la propiedad, árbitros en las contiendas, sostenedores de la paz y conservadores de la tradición.

También tenían sacerdotisas como los Galos, cuya *Veleda* ha sido inmortalizada por Chateaubriand en sus celebérrimos *Mártires*. Supersticiosos en grado sumo, no daban los Germanos un paso importante en la vida sin consultar los oráculos y augurios.

Acerca de la religión de estos pueblos hay muchas dudas y contradicciones que proceden de las variantes que introdujeron muchas tribus en las creencias primitivas.